

Entonces Jesús dijo: «Ve, y haz tú lo mismo» (Lucas 10:35-37). Así enseñó Jesús que toda persona que necesita nuestra ayuda es nuestro prójimo. Debemos tratarlo tal como quisiéramos que nos traten a nosotros.

El sacerdote y el levita fingían guardar los mandamientos de Dios, pero fue el samaritano quien realmente los guardó. Su corazón era bondadoso y amoroso.

Al cuidar del extraño herido, estaba mostrando amor a Dios tanto como al hombre. Porque a Dios le agrada que nos hagamos bien unos a otros. Mostramos nuestro amor por él siendo bondadosos con quienes nos rodean.

Un corazón bondadoso y amoroso vale más que todas las riquezas del mundo. Los que viven para hacer el bien muestran que son hijos de Dios. Ellos son los que morarán con Cristo en su reino.

Historia 11—La Observancia del Sábado

El Salvador guardó el sábado y enseñó a sus discípulos a guardarlo. Él sabía cómo debía guardarse, porque Él mismo lo había santificado.

La Biblia dice: «Acuérdate del día de reposo para santificarlo»; «el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios»; «porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó» (Éxodo 20:8, 10, 11; 31:16, 17). Cristo había trabajado con su Padre en la creación de la tierra, y Él había hecho el sábado. La Biblia dice que «todas las cosas por él fueron hechas» (Juan 1:3).

Cuando miramos el sol y las estrellas, los árboles y las hermosas flores, debemos recordar que Cristo los hizo todos. Y Él hizo el sábado para ayudarnos a tener presente su amor y su poder.

Los maestros judíos habían hecho muchas reglas sobre la manera de guardar el sábado, y querían que todos obedecieran sus reglas. Por eso vigilaban al Salvador, para ver qué haría.

Un sábado, mientras Cristo y sus discípulos volvían a casa desde la sinagoga, pasaron por un campo de grano. Era tarde, y los discípulos tenían hambre. Así que arrancaron algunas espigas, las frotaron en sus manos y comieron los granos.

En cualquier otro día, a quien pasaba por un campo o un huerto se le permitía recoger lo que quisiera comer. Pero no era así en sábado. Los enemigos de Cristo vieron lo que hacían los discípulos, y dijeron al Salvador:

«He aquí tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en el día de reposo» (Mateo 12:2).

Pero Cristo defendió a sus seguidores. Recordó a sus acusadores lo que había hecho David, quien, cuando tuvo necesidad, comió del pan sagrado del tabernáculo y lo dio a sus hambrientos seguidores.

Si fue correcto que David, cuando tenía hambre, comiera de ese pan sagrado, ¿no era correcto que los discípulos, cuando tenían hambre, arrancaran grano en las horas sagradas del sábado?

El sábado no fue hecho para ser una carga para el hombre. Fue hecho para su bien, para darle paz y descanso. Por eso nuestro Señor dijo: «El día de

reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo» (Marcos 2:27).

«Aconteció también en otro día de reposo, que él entró en la sinagoga y enseñaba; y estaba allí un hombre que tenía seca la mano derecha.

Y le acechaban los escribas y los fariseos, para ver si le sanaría en el día de reposo, a fin de hallar de qué acusarle.

Pero él conocía sus pensamientos, y dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate, y ponte en medio. Y él, levantándose, se quedó en pie.

Entonces Jesús les dijo: Os preguntaré una cosa: ¿Es lícito en día de reposo hacer bien, o hacer mal? ¿salvar una vida, o destruirla?»

«Entonces, mirándolos alrededor con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y su mano quedó sana como la otra».

«Pero ellos se llenaron de furor, y hablaban entre sí qué harían contra Jesús» (Lucas 6:6-9, 11; Marcos 3:5).

El Salvador mostró cuán irrazonables eran, haciéndoles una pregunta: «¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si esta cayere en una fosa en día de reposo, no la agarre y la levante?»

Esto no pudieron responder. Entonces dijo: «Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, es lícito hacer el bien en los días de reposo» (Mateo 12:11, 12).

«Es lícito», es decir, está de acuerdo con la ley. Cristo nunca reprendió a los judíos por guardar la ley de Dios, ni por honrar el sábado. Al contrario, siempre sostuvo la ley en toda su plenitud.

Isaías profetizó acerca de Cristo: «Engrandecerá la ley y la hará ilustre» (Isaías 42:21). Engrandecer es hacer más grande, elevarla a una posición más alta.

Cristo engrandeció la ley al mostrar en cada parte su maravilloso significado. Mostró que debe obedecerse, no solo en las acciones, que son vistas por los hombres, sino también en los pensamientos, que solo Dios conoce.

A aquellos que afirmaban que Él había venido a dejar de lado la ley, dijo: «No penséis que he venido a abrogar la ley o los profetas; no he venido a abrogar, sino a cumplir» (Mateo 5:17).

Cumplir significa guardar, o realizar. (Santiago 2:8.) Así, cuando vino para ser bautizado por Juan el Bautista, dijo: «Porque así conviene que cumplamos toda justicia» (Mateo 3:15). Cumplir la ley es obedecerla perfectamente.

La ley de Dios nunca puede ser cambiada; porque Cristo dijo: «Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido» (Mateo 5:18).

Cuando hizo la pregunta: «¿Es lícito en día de reposo hacer bien, o hacer mal? ¿salvar una vida, o destruirla?», Cristo mostró que podía leer los corazones de los perversos fariseos que lo acusaban.

Mientras Él trataba de salvar vidas sanando a los enfermos, ellos trataban de destruir la vida dándole muerte. ¿Era mejor matar en sábado, como ellos planeaban hacer, que curar a los que sufrían, como Él había hecho?

¿Era mejor tener asesinato en el corazón en el santo día de Dios que tener amor hacia todos los hombres—amor que se muestra en bondad y obras de misericordia?

Muchas veces los judíos acusaron a Cristo de quebrantar el sábado. A menudo trataron de matarlo porque no lo guardaba según sus tradiciones. Pero esto no hizo ninguna diferencia para Él. Él guardó el sábado como Dios quería que se guardara.

En Jerusalén había un gran estanque de agua llamado Betesda. En ciertas ocasiones el estanque se agitaba; la gente creía que un ángel del Señor descendía a él y removía las aguas, y que el primero que entrara después de que las aguas fueran removidas sería sanado de cualquier enfermedad que tuviera.

Gran cantidad de gente acudía al lugar, esperando ser sanada; pero la mayoría se sentía decepcionada. Al moverse las aguas, había tal multitud que muchos ni siquiera podían llegar al borde del estanque.

Un día de reposo, Jesús vino a Betesda. Su corazón se llenó de compasión al ver a los pobres sufrientes que estaban allí.

Un hombre parecía más desdichado que los demás. Durante treinta y ocho años había sido un inválido sin esperanza. Ningún médico podía curarlo. Muchas veces lo habían llevado a Betesda; pero cuando las aguas se agitaban, otro se adelantaba a entrar antes que él.

En aquel sábado había intentado una vez más llegar al estanque, pero en vano. Jesús lo vio mientras se arrastraba de vuelta a la estera que era su

cama. Sus fuerzas casi se habían agotado. A menos que la ayuda llegara pronto, moriría.

Mientras yacía así, levantando de vez en cuando los ojos para mirar el estanque, un rostro amoroso se inclinó sobre él, y oyó una voz que decía: «¿Quieres ser sano?»

El hombre respondió tristemente: «Señor, no tengo quien me meta en el estanque cuando el agua es agitada; pero mientras yo voy, otro desciende antes que yo».

No sabía que Aquel que estaba junto a él podía sanar, no solo a uno, sino a todos los que acudieran a Él. Cristo dijo al hombre: «Levántate, toma tu lecho, y anda».

Al momento trató de obedecer el mandato, y le llegó la fuerza. Se puso en pie de un salto, y descubrió que podía estar de pie y podía caminar. ¡Qué alegría fue aquella!

Tomó su lecho y se apresuró a irse, alabando a Dios a cada paso. Pronto se encontró con algunos de los fariseos, y les contó de su maravillosa curación. No parecieron alegrarse, sino que lo reprendieron por llevar su lecho en día de reposo. El hombre les dijo: «El que me sanó, él mismo me dijo: Toma tu lecho y anda» (Juan 5:1-11).

Entonces ya no se enojaron con él, sino que culparon a aquel que le había dicho que llevara su lecho en el día de reposo.

En Jerusalén, donde el Salvador ahora estaba, vivían muchos de los eruditos rabinos. Allí sus falsas ideas acerca del sábado eran enseñadas al pueblo. Grandes multitudes venían a adorar al templo, y así la enseñanza de

los rabinos se difundía por todas partes. Cristo deseaba corregir estos errores. Por eso sanó al hombre en el día de reposo, y le dijo que llevara su lecho. Sabía que este acto atraería la atención de los rabinos, y así le daría la oportunidad de instruirlos. Así sucedió. Los fariseos llevaron a Cristo ante el Sanedrín, el concilio principal de los judíos, para responder a la acusación de quebrantar el sábado.

El Salvador declaró que su acción estaba en armonía con la ley del sábado. Estaba en armonía con la voluntad y la obra de Dios. «Mi Padre hasta ahora trabaja», dijo, «y yo trabajo» (Juan 5:17).

Dios trabaja continuamente sosteniendo a todo ser viviente. ¿Debía cesar su obra en el día de reposo? ¿Debía Dios prohibir al sol cumplir su función en sábado? ¿Debía cortar sus rayos para que no calentaran la tierra ni nutrieran la vegetación?

¿Debían los arroyos dejar de regar los campos, y las olas del mar detener su flujo y reflujo? ¿Debían el trigo y el maíz dejar de crecer, y los árboles y las flores no producir brote ni flor en sábado?

Entonces el hombre echaría de menos los frutos de la tierra y las bendiciones que sostienen su vida. La naturaleza debe continuar su obra, o el hombre moriría. Y el hombre también tiene una obra que hacer en este día. Las necesidades de la vida deben ser atendidas, los enfermos deben ser cuidados, las necesidades de los menesterosos deben ser suplidas. Dios no desea que sus criaturas sufran ni una hora de dolor que pueda ser aliviado en sábado o en cualquier otro día.

La obra del cielo nunca cesa, y nosotros nunca debemos descansar de hacer el bien. La ley nos prohíbe hacer nuestra propia obra en el día de reposo del Señor. El trabajo para ganarse la vida debe cesar; ningún trabajo para el placer o la ganancia mundana es lícito en ese día. Pero el sábado no debe pasarse en inactividad inútil. Así como Dios cesó de su obra de creación y reposó en el sábado, así también nosotros debemos reposar. Él nos ordena dejar a un lado nuestras ocupaciones diarias y dedicar esas horas sagradas al reposo saludable, a la adoración y a las obras santas.